

Javier Urra Portillo

Psicólogo,
pedagogo y
terapeuta

“Si me preguntaran qué tengo de bueno diría que mi biblioteca personal”

De mi infancia recuerdo que fui al colegio Chamberí, de los Maristas, en Madrid. Allí había una biblioteca muy bien dotada. También, de pequeño, solía ir a la biblioteca municipal que estaba ubicada en la calle Bravo Murillo. A esta biblioteca iba con otros niños para leer libros diferentes a los que solía leer en el colegio. Pero del bibliotecario o bibliotecaria de estas dos bibliotecas no recuerdo nada. En todo caso, mis padres y los amigos de mis padres me regalaban libros cuando yo era niño porque sabían que me gustaban mucho.

En vacaciones iba a Estella (Navarra) y allí frecuentaba una biblioteca que había al lado del río Ega. La bibliotecaria me acuerdo que era una señora muy muy mayor. Lo que sí me pasó una vez fue que yo nunca he sido un chico chivato, pero la única vez que me he chivado de algo ha sido justo en una biblioteca.

Fue en la Universidad Autónoma de Madrid –donde incluso se llegó a caer el edificio por el peso de

“Mis padres y los amigos de mis padres me regalaban libros cuando yo era niño porque sabían que me gustaban mucho”.

En casa me gusta tener libros míos. Ya se sabe que el español suele ser muy de propiedad privada. Y si me preguntaran qué tengo yo de bueno diría que mi biblioteca personal.

En Alcolea del Pinar, que es un pueblecito situado entre Medinaceli y Sigüenza, tengo una biblioteca con bastantes libros antiguos de psicología, de filosofía, de medicina legal, de criminología...



los libros– cuando vi a un chaval que sacó una hoja de afeitar y cortó una hoja de un libro –debía ser lo que más o menos caería en el examen–. Lo denuncié porque ya me parece mal llevarse un libro pero cercenar las hojas me parece terrible. Lo denuncié con total confianza y sin ningún miedo. Me fui al bibliotecario y le señalé lo que estaba haciendo el compañero, delante de él. Pienso que si robas un libro por lo menos lo salvas, pero si le amputas unas hojas es algo horrible.

Otra biblioteca que también frecuentaba mucho es la Biblioteca Nacional de España y solía permanecer bastante tiempo en el restaurante *El espejo*, frente a la Biblioteca. Por eso me gustaba ese restaurante.

Los últimos que he adquirido son la primera edición de obras de Pablo Neruda porque me gustan mucho los libros, y me gustan también los libros antiguos. Soy mucho de *me gustaría tener esto de Unamuno, o de Ortega, o de Ramón y Cajal*, personas con las que descubres que muchas cosas que se dicen hoy ya estaban dichas y, sobre todo, estaban mejor dichas. Me puedo considerar un bibliófilo. Además, tengo una hija que es psicóloga y que espero que algún día valore esta colección de libros. Mi casa de Madrid también la tengo ocupada con libros. En mi caso se puede decir que los libros sí ocupan lugar...

Jamás he puesto los dedos sobre un ordenador,

y jamás he leído nada que no sea un libro en papel. Entiendo que leer en pantalla es algo muy cómodo, sobre todo para una persona como yo, que viaja muchísimo, pero no me gusta nada. Me encanta la portada de un libro, su olor, ponerle marcas o incluso anotar alguna idea o frase. Aunque también cuido mucho los libros y los que tienen cierto valor los coloco aparte, en librerías acristaladas y cerradas. Pienso que los libros son la posibilidad de otras vidas.

También me gusta mucho escribir. A título personal he escrito 34 libros, he participado en más de 40 obras colectivas, dirijo dos colecciones de libros, una de psicología útil –sobre temas de enfermedades, sobre víctimas de atentados terroristas, el cáncer, etc.– y otra colección específica sobre psicología jurídica. Así que cuando salgo o vuelvo a casa es casi imposible verme sin libros. También soy una persona a la que le gusta muchísimo el lenguaje y siempre tengo un diccionario muy cerca.

“Y el bibliotecario me parece que tiene un objetivo esencial, el de transmitir la cultura, de difundir tanto como nos han legado, tanto como está pensado, tanto como está estudiado, tanto como está escrito...”

En este sentido me preocupa que estemos reduciendo la riqueza del lenguaje. Me parece muy bien que los chicos, con los nuevos dispositivos, desarrollen perfección, complejidad y comunicación pero opino que se pierde mucho la capacidad del piel

con piel, del cara a cara, de la riqueza del lenguaje. Hay chicos que con 17 años les cuesta mucho expresar sus emociones. Les es muy difícil decir lo que sienten y no olvidemos que el ser humano ha desarrollado el cerebro paralelo al lenguaje... Doy clases en medicina y en psicología y los exámenes escritos de los chicos son a veces ilegibles, pero hacer que verbalicen, que expresen lo que saben oralmente –porque, además, eres conocedor de que lo saben– se convierte en una tarea ímproba.

Creo que toda profesión es bella si se hace con cariño, con ternura, con dedicación, con vocación. Se puede ser un magnífico conductor de autobús que sea condescendiente con una señora mayor que toca la puerta, por ejemplo. Pero me parece que hay profesiones que por su ámbito tienen aspectos esenciales.

El filósofo que trabaja con el pensamiento, me parece bello. También el pedagogo y, sobre todo, el maestro, que trabaja con lo más importante, que son nuestros hijos, y por lo tanto con su presente y con su futuro. Y si tuviera que elegir esas profesiones que me parecen estupendas, hablaría de la tensión de un neurocirujano en esas seis u ocho horas de intervención quirúrgica donde el mundo se centra en la operación de un ser que no conoce pero por el que se olvida del mundo. Y el bibliotecario me parece que tiene un objetivo esencial, el de transmitir la cultura, de difundir tanto como nos han legado, tanto como está pensado, tanto como está estudiado, tanto como está escrito... Hay tanta imaginación, tantos puntos distintos que te puedes asustar, te puedes reír, te puedes imaginar y creo que el bibliotecario, en este sentido, es a veces un poco farmacéutico porque se acude a él para consultarle o pedirle consejo.

Al bibliotecario acude gente que lo está pasando mal, gente que está deprimida, para preguntarle qué le podría leer. Y es que, un buen libro, un buen consejo pueden cambiar la conducta de una persona y, por tanto, su futuro. ▲

AUTOR: Redacción Mi Biblioteca.

FOTOGRAFÍA: García Gómez, Daniel.

TÍTULO: “Si me preguntaran qué tengo de bueno diría que mi biblioteca personal”. Entrevista a Javier Urrea Portillo, psicólogo, pedagogo y terapeuta.

RESUMEN: Javier Urrea nos relata en esta entrevista cuáles fueron las primeras bibliotecas que frecuentó y qué recuerdos tiene de ellas. Amante de los libros, cuenta también cómo es su biblioteca personal, qué le gusta leer y cuál es su opinión sobre la lectura en pantalla. Termina hablando de lo que significa para él la profesión de bibliotecario.

MATERIAS: Urrea Portillo, Javier / Psicólogos / Entrevistas.